

humano» o a fray Luis, como si de un poeta del 27 se tratara, en tanto que «el primer poeta catedrático», revelan una vez más que nos las habemos ante un escritor de primera talla que se sirve de sus dotes expresivas para decir mejor lo que quiere decir.

En definitiva, en este libro José María Micó se acerca de nuevo a una nómina de autores «cuyos nombres son tan obvios y cuyas obras han sido tan estudiadas, que de vez en cuando conviene alzar la vista para comprender su dimensión y afilar la pluma para expresar su singularidad». Sin lugar a dudas, pocos como él son capaces de apurar y

explicarnos las razones de su trascendencia. Además, como en el hermoso poema de Borges publicado en *Los conjurados*, el paciente laberinto de líneas que Micó dispone en esta obra y sus sucesivas apreciaciones acerca de sus clásicos de cabecera acaban por trazar la imagen de su propio rostro, pues, a fin de cuentas, tal y como él mismo insinúa en diversos momentos, lo que tenemos delante es una secreta autobiografía y la apasionada, contagiosa historia de una vocación.

R. O. V.—UNIVERSIDAD DE OVIEDO

R. OLAY VALDÉS /
LA BIBLIOTECA
DE BABEL DE JOSÉ
MARÍA MICÓ

MARTA NOGUERA ORTEGA / RELEER VIEJAS CARTAS, REESCRIBIR LA HISTORIA

José Teruel y Santiago López-Ríos abren el volumen colectivo *El valor de las cartas en el tiempo. Sobre epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936* (2023) con la epifanía que dio lugar a *El invitado amargo* (2014): el descubrimiento de la correspondencia entre los viejos amantes que firman la novela, Vicente Molina Foix y Luis Cremades. Este volumen colectivo nace, sin duda, de los felices hallazgos de epistolarios inéditos por parte de quince investigadores (filólogos e historiadores) que presentan aquí algunas posibilidades de estudio de estos materiales desde múltiples perspectivas teóricas y metodológicas. Descubrimientos que no hubieran sido posibles sin el trabajo previo de conservación, ordenación y catalogación de numerosos archivos personales de personalidades fundamentales para la historia cultural española desde 1936, llevado a cabo por numerosos investigadores e instituciones públicas y privadas. Ese trabajo ha llegado, en muchas ocasiones, tarde y no ha podido evitar irreparables pérdidas: por ello, más allá de la protección de la intimidad (garantizada por el paso del tiempo) o de la literariedad de las cartas (ampliamente discutida en otras obras), la cuestión más acuciante, para los editores de este volumen, es «el rumbo incierto de tantos epistolarios de la cultura española tras la Guerra Civil» (Teruel y López-Ríos, 2023: 11).

En las últimas décadas se han rescatado y editado epistolarios esenciales como el de Salinas con Guillén, el de Martín Gaité con Juan Benet, el de Max Aub con numerosos escritores del exilio y del interior o el de Américo Castro con José Jiménez Lozano —tarea a la que han contribuido personalmente Teruel y López-Ríos— por citar solo algunos casos. Pero quedan aún miles de cartas dormidas en archivos que aguardan su turno para ser leídas, interpretadas y, eventualmente, publicadas. Por ello este volumen puede leerse como una primera contribución colectiva al estudio de estos epistolarios inéditos, a la espera de futuros trabajos que desvelen otros archivos o profundicen en los aquí presentados. En este sentido, este libro no es, ni pretende ser, un examen exhaustivo de los epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936 —tarea, por supuesto, del todo inverosímil a realizar en cuatrocientas páginas—.



Esa amplia cronología da cabida a trabajos que abarcan desde el epistolario de Jorge Guillén con Luce López-Baralt (en una original contribución en la que la propia hispanista analiza su correspondencia privada) hasta los correos electrónicos que se cruzó Carlos Blanco Aguinaga con su discípulo y amigo Rafael Chirbes (estudiados por Álvaro Díaz Ventas). Entre medio salen a relucir algunas cartas inéditas escritas o recibidas por Leopoldo Panero, Dámaso Alonso, Guillermo de Torre, Ángela Figuera Aymerich, Francisco Ayala, Américo Castro, María Zambrano o Carmen Martín Gaité, entre otros. Con la excepción del primer capítulo, el volumen sigue un orden cronológico que le da coherencia al conjunto, reforzada por la reiteración de algunos correspondientes, que tiende puentes entre estudios

muy variados en cuanto a la aproximación a los corpus epistolares. En efecto, los trabajos alcanzan desde la descripción del oceánico epistolario del exilio de Guillermo de Torre, recalando en algunas de sus islas, hasta el análisis minucioso de una única misiva de Gregorio Martínez Sierra. Los quince capítulos del libro conducen así al lector en una travesía transatlántica de la historia cultural hispánica a través de episodios poco conocidos, iluminados por las cartas inéditas. Se trata de un recorrido fragmentario y polifónico, como lo son los corpus epistolares, pero también fuertemente cohesionado, como subrayan los editores en la introducción. Los sucesivos capítulos se encuentran perfectamente hilvanados a pesar de su disparidad, no sólo por la recurrencia de algunos epistológrafos como Guillén, Guillermo de Torre o Martín Gaité, sino también y sobre todo por los planteamientos de fondo y las problemáticas transversales acerca de los epistolarios que aparecen a lo largo de los capítulos.

Uno de los logros fundamentales del libro, que destacan sus editores y respalda su lectura, es la plena integración del exilio en esta historia cultural hispánica desde 1936: «la correspondencia entre el exilio y el interior no sólo es presentada como indicio de pronto ascendiente de la España trasterrada sobre el interior, sino también como parte integral del mismo proceso cultural y de la narración misma de la historia literaria» (Teruel y López-Ríos, 2023: 21).

José TERUEL y Santiago
LÓPEZ-RÍOS (eds.)
(2023). *El valor de las
cartas en el tiempo. Sobre
epistolarios inéditos en la
cultura española desde
1936*. Madrid, Frankfurt,
Iberoamericana Vervuert

 M. NOGUERA
ORTEGA/
RELEER VIEJAS
CARTAS,
REESCRIBIR LA
HISTORIA

Por supuesto, la fractura del exilio impuso la correspondencia como modo de comunicación entre viejos amigos de la preguerra y entre los actores de dos campos culturales supuestamente antagónicos, lo que explica la crecida presencia del exilio en estas páginas. Pero más allá de esta circunstancia, lo reseñable es que el libro, en su conjunto, demuestra que la historia cultural española desde 1936 es por definición transnacional y excede con creces las fronteras de la España peninsular. Son pocos los capítulos que no iluminan uno de esos puentes de papel contruidos entre los dos lados del Atlántico y de los Pirineos: puentes entre viejos amigos y compañeros de generación, pero también entre escritores de muy diversas edades.

Por ejemplo, varios capítulos iluminan la recepción de la literatura del exilio en el interior y viceversa. Aunque no sea un aspecto central en su trabajo, Luce López-Baralt relata el papel que desempeñó puntualmente como mediadora entre el exilio y el interior al informar a Guillén acerca de la recepción e interpretación de su obra por parte de destacadas figuras del campo cultural del interior como Carlos Bousoño o José Hierro, de quienes la incipiente hispanista fue estudiante a finales de los sesenta. En la dirección inversa, José Antonio Llera, en su estudio del epistolario inédito de Dámaso Alonso, subraya los «fuertes lazos afectivos e intelectuales» que mantuvo el escritor madrileño con el exilio a lo largo de su vida (especialmente con sus compañeros de generación) y saca a relucir, por ejemplo, dos cartas inéditas en las que León Felipe le comunica al escritor madrileño la emoción que le produjo la lectura de sus versos.

Varias contribuciones inciden asimismo en las redes transnacionales del exilio y sus vínculos con el interior. Los dos capítulos dedicados a la correspondencia de Guillermo de Torre ponen de relieve el papel clave que desempeñó, desde Buenos Aires, como mediador entre esos dos campos culturales a través de las múltiples empresas editoriales que animó. Domingo Ródenas de Moya, en su recorrido por el extenso epistolario del exilio de Guillermo de Torre, destaca no sólo su correspondencia con escritores del exilio y del interior —a quienes publicó en la editorial Losada— sino también sus contactos con instituciones y empresas relevantes dentro del sistema cultural del interior. En el siguiente capítulo, Raquel Fernández Menéndez profundiza en uno de esos casos: el de las cartas de Ángela Figuera Aymerich a Torre, interlocutor indispensable para dar a conocer su obra al otro lado del Atlántico. Pero también incide en esas redes transnacionales del exilio el capítulo de Ximena Venturini, dedicado al epistolario de Francisco Ayala con Eduardo Mallea y Francisco Romero, que contribuye a matizar los vínculos del escritor granadino con los círculos literarios bonaerenses. Y, a través de la figura del «catalán errante», Néstor Almendros, Elena Sánchez de Madariaga pone el foco en el Vassar College (estado de Nueva York) como un lugar de confluencia de exilios más allá del de 1939: en ese lugar arranca su epistolario con Pilar de Madariaga, en la que quedan reflejados quince años de errancia del exitoso director de fotografía, entre América y Europa.

Hacia el final del volumen, destacan asimismo varios trabajos que ponen de relieve las amistades y relaciones entre intelectuales del exilio y escritores que se formaron en el interior a finales de la dictadura, pero también tras la consolidación de la democracia. Se trata, en este caso, de convergencias entre intelectuales de edades muy dispares, que subrayan el importante influjo de algunos exiliados en las nuevas generaciones, pero también su admiración mutua. Santiago López-Ríos indaga así en el encuentro, físico y epistolar, entre

Américo Castro y Miguel Delibes entre 1967 y 1972, en la que participó también José Jiménez Lozano. Fue Castro quien se acercó a los valisoletanos al descubrir en sus escritos una profunda cercanía intelectual: un encuentro que acaso alimentó el sustrato sobre el que se yergue la última obra de Delibes, *El hereje* (es la tesis defendida por López-Ríos). Asimismo, José Luis Gómez Toré subraya la profunda complicidad que nació entre dos intelectuales radicalmente distintos como fueron María Zambrano, más arraigada a la tradición, y el modernísimo José Miguel Ullán. Y Álvaro Díaz Ventas profundiza en el magisterio que ejerció Carlos Blanco Aguinaga en la construcción del proyecto narrativo de Rafael Chirbes.

Por supuesto, la herida del exilio no se puede restañar porque el exilio no tiene fin, como recuerda la voz de María Zambrano en estas páginas. Pero poco a poco, con libros como este, se van reconduciendo esos relatos historiográficos excluyentes que no hicieron sino profundizar en la fractura. Precisamente, una de las cuestiones fundamentales que se plantea en este volumen, desde el propio título, es la del valor de las cartas en el tiempo. Si la publicación de numerosos epistolarios de reconocidos escritores ha puesto de relieve su calidad literaria, las contribuciones de este libro tienden a subrayar su valor como documento para la construcción de relatos históricos más matizados y, en concreto, para una interpretación más sutil de sus actores, así como de la producción literaria y cultural. En este sentido, Carmen de la Guardia Herrero, en «Las metamorfosis de Eloína. La correspondencia entre Consuelo Berges Rábago y Eloína Ruiz Malaxechevarría», defiende que «el acercamiento a través de las cartas ilumina espacios donde las fuentes históricas más tradicionales no pueden penetrar» (Guardia Herrero, 2023: 171-172). Una postura que comparten los editores del volumen y que enuncian como punto de partida colectivo: «Nosotros (historiadores y filólogos) buscamos rastros del pasado para entender la historia desde otro punto de vista, menos simple y con más matices (con menos claroscuros)» (Teruel y López-Ríos, 2023: 15).

La correspondencia parece dar acceso a una experiencia más fresca e inmediata, haciendo revivir las voces del pasado, de ahí su valor como fuente documental, pero ello no equivale en ningún caso a tomarla como garante de la verdad. En las cartas, como en otros géneros autobiográficos, hay una construcción retórica del yo, a la que atienden numerosas contribuciones de este libro, que profundizan en las identidades múltiples desplegadas en la comunicación epistolar. Ya advertía Salinas en «Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar» que, al escribir una carta, surge entre líneas el reflejo de quien escribe: «el doble inequívoco de un momento de su vida interior» (Salinas, 2007: 860). Las identidades son volubles al devenir del tiempo y se ondulan también en función de los distintos corresponsales, ante los cuales el epistológrafo adopta múltiples máscaras, roles o posturas (e incluso *imposturas*).

La impostura está en el corazón del capítulo que Julio E. Checa Puerta y Alba Gómez García dedican a una carta de Gregorio Martínez Sierra, que invita a reflexionar sobre los retos de la rigurosa interpretación de las misivas e incide en la «importancia de las cartas para afinar en la reconstrucción de los perfiles identitarios» (Checa y Gómez, 2023: 125). El estudio de los epistolarios puede, por consiguiente, deconstruir o matizar la imagen de algunos escritores elaborada por la crítica. En esta línea, Javier Huerta Calvo y J. A. Llera, en sus respectivas contribuciones, aclaran algunos episodios oscuros o poco conocidos de figuras tan destacadas como controvertidas como son

Leopoldo Panero y Dámaso Alonso, a la luz de abundante documentación inédita. Sus trabajos ponen de relieve el valor histórico y documental de la correspondencia en la construcción de la biografía de estos personajes clave de la historia cultural de la inmediata posguerra. En este sentido, demuestran que las cartas permiten matizar la interpretación de los actores culturales y su posicionamiento en el campo literario, lo que a fin de cuentas repercute en la recepción de su obra literaria.

Pero no hay que olvidar que todo escrito privado, ya sea una carta o un diario, producido por un escritor medianamente reconocido, es susceptible de ser leído por un lector intruso, distinto a su destinatario original. Por esta razón, las cartas son, a menudo, un espacio clave de la construcción de la imagen pública del escritor y de su identidad autorial. El trabajo de Arantxa Fuentes Ríos sobre el epistolario de Cela en torno a *Papeles de Son Armadans* (pequeña muestra de un proyecto de investigación de más amplio calado), destaca cómo los escritores construyen su identidad y se posicionan en la correspondencia con mediadores culturales clave, como lo fue Cela a la cabeza de *Papeles de Son Armadans*. Un elemento que estudia asimismo Raquel Fernández Menéndez en el citado estudio sobre la correspondencia de Ángela Figuera Aymerich con Guillermo de Torre. En ese epistolario observa Fernández Menéndez una evolución que conduce a la autoafirmación femenina dentro de un mundo editorial y cultural altamente masculinizado. Y un movimiento parecido resigue José Teruel en su análisis del epistolario inédito de Carmen Martín Gaité: de la dependencia de sus referentes masculinos (especialmente Ferlissio) a la afirmación de su independencia intelectual.

El libro demuestra así que las trayectorias vitales, los posicionamientos críticos y las afinidades personales e intelectuales desvelados en las cartas tienen mucho que aportar a la lectura e interpretación no sólo de los actores culturales, sino también de su producción. En esta línea, algunos trabajos corroboran la validez de las cartas como umbrales del texto, como parte del «epitexto privado» según la expresión de Genette. Tanto la contribución de Santiago López-Ríos (sobre el epistolario Delibes-Castro), como la de Rubén Venzón (sobre las cartas entre Blanco Aguinaga y Chirbes) iluminan el papel clave que puede tener la correspondencia entre escritores en el proceso de creación literaria, tanto de forma inmediata (a través de la lectura privada de manuscritos en curso de redacción), como a largo plazo, por la huella que puede dejar en los proyectos futuros.

Sin embargo, son pocos los trabajos de este volumen que ponen de relieve el valor propiamente literario de los epistolarios estudiados. Este hecho se explica sin duda porque en algunos de los casos estudia-

dos (Guillén, Guillermo de Torre, Francisco Ayala, Américo Castro o Martín Gaité, entre otros) las cartas de corte más literario ya se han publicado y lo que queda en los archivos tiene acaso mayor valor documental. Las contribuciones dedicadas al epistolario de Martín Gaité (firmadas por José Teruel y M.ª Vittoria Calvi) son, de hecho, prácticamente las únicas que ponen el foco en la carta como género y medio de expresión de la escritora que merece ser examinado como parte indispensable de su producción literaria (al igual que sus *Cuadernos de todo*). Tal aproximación tiene una justificación plena en el caso de la escritora salmantina, dado que la carta estuvo en el corazón de su poética narrativa como metáfora de la propia creación literaria. Tanto Teruel como Calvi subrayan que la lectura de sus cartas ilumina parcelas esenciales de su obra que quedaron algo eclipsadas en sus títulos publicados, como por ejemplo su experimentación con la dimensión gráfica de la escritura manuscrita, que sale a la luz con sus *collages* para *El Interlocutor Expres*, estudiados por la hispanista italiana.

Transitar por epistolarios inéditos obliga a pensarlos en su materialidad más allá del texto, atender a detalles que no pueden sino aflorar frente a los objetos únicos conservados en los archivos: los sobres, imágenes de las tarjetas postales, libros con dedicatorias manuscritas u otros objetos que circulan junto a las cartas y que una edición difícilmente puede restituir. Parafraseando a Philippe Lejeune en *Les brouillons de soi* (1998: 368) cabe preguntarse en qué quedaría la rama de perejil que envía José Miguel Ullán a Zambrano fotocopiada en un libro. En nada, desde luego, si se compara con la emoción de recibirla o la de hallarla, décadas después, entre los papeles de un archivo. Volviendo al principio de estas líneas, los trabajos de este volumen nacen todos, sin duda, de la conmovedora lectura de viejas cartas olvidadas en las que las voces del pasado se hacen presentes a través de sus variadas caligrafías. Con este libro queda probado que el valor de las cartas en el tiempo y el devenir de los epistolarios de la cultura española tras la Guerra Civil es ahora menos incierto.

M. N. O.—UNIVERSITAT POMPEU FABRA/
UNIVERSITÉ PARIS-NANTERRE

Bibliografía

- LEJEUNE, P. (1998). *Les brouillons de soi*, París, Seuil.
SALINAS, P. (2007) [1948]. «Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar», en *Obras completas II. Ensayos completos*, edición, introducción y notas de Enric Bou y Andrés Soria Olmedo, Madrid, Cátedra, pp. 849-1071.

M. NOGUERA
ORTEGA /
RELEER VIEJAS
CARTAS,
REESCRIBIR LA
HISTORIA

ÁNGELES EZAMA / RELATO CRIMINAL Y SENSACIONALISMO ENTRE LOS SIGLOS XVIII Y XIX

Crímenes pregonados es uno de los mejores libros que he tenido ocasión de leer en los últimos años, un libro muy bien documentado, muy bien escrito y de lectura muy amena, circunstancias que no todas ellas se dan cuando el libro en cuestión es un ensayo.

La autora ha consultado documentos de archivo, ha sondeado la prensa de los siglos XVIII y XIX y ha leído muchos relatos criminales de entre los siglos XVIII y XXI.

Claro que la experiencia investigadora de Rebeca Martín en el género criminal y terrenos aledaños ha ido orientándose en esta dirección desde hace varios años. Sus trabajos de indagación sobre el tema del doble o el de la impostura son aproximaciones al oscuro territorio de los crímenes sensacionalistas; también sus devaneos en torno a la cuentística de José Fernández Bremón (*Un crimen científico y otros cuentos*, 2008), en que deambula por los

Rebeca MARTÍN (2024).
*Crímenes pregonados. Causas
célebres españolas de los
siglos XVIII y XIX*, Madrid,
Contraseña editorial

INSULA 941
MAYO 2025

41